

su buena espada; así que, las armas no defendieron que la carne no le cortase; mas Florestan, acordándose de cómo fuera suyo é las honras que dél recibiera, sufrió-se de le ferir, cobriéndose con lo poco que del escudo le había quedado; mas el Rey, con la gran saña que tenía, no dejaba de lo ferir cuanto podía, y don Florestan ni por eso le quería ferir; mas trabóle á brazos, y no le dejaba cabalgar ni apartar de sí; allí fué gran priesa de los unos y de los otros por les socorrer, y el Rey se nombraba porque los suyos lo conociesen, y á estas voces acudió don Galaor y llegó al Rey é dijo: «Señor, acogedvos á este mi caballo; é ya estaban con él á pié Filispinel y Bramdoibas, que le daban sus caballos, y Galaor le dijo: «Señor, á este mi caballo os acoged.» Mas él, faciéndole que se no apease, se acogió al de Filispinel, dejando á don Florestan bien llagado con aquella su buena espada, que nunca golpe le dió que las armas y las carnes no le cortase, sin que el otro le quisiese ferir, como dicho es; y don Florestan fué puesto en un caballo que don Cuadrágante le trajo. El Rey, poniendo su cuerpo denodadamente á todo peligro, llamando á don Galaor é á Norandel é al rey Cildadan, y á otros que le seguían, se metió por la mayor priesa de la gente, firiendo y estragando cuanto ante sí fallaba, de guisa que á él era otorgada aquella sazón la mejoría de todos los de su parte; y don Florestan é Cuadrágante, é Gavarte y otros preciados caballeros resistían al Rey é á los suyos cuanto podían, haciendo maravillas en armas; pero, como ellos eran pocos, é muchos dellos maltrechos y feridos, y los contrarios gran muchedumbre de gente, que con el esfuerzo del Rey habían cobrado corazón, cargaron tan de golpe y tan fuertemente sobre ellos, que así con las muchas heridas como con la fuerza de los caballos, los arrancaron del campo fasta los poner al pié de la sierra, donde don Florestan é don Cuadrágante é Angriote é Gavarte de Val Teñeroso, despedazadas sus armas, recibiendo muchas heridas, no solamente por reparar los de su parte, mas por tornar á ganar el campo perdido, muertos los caballos, y ellos casi muertos, quedaron en el campo tendidos, en poder del Rey é de los suyos; é junto con ellos, que asimesmo fueron presos, por los socorrer, Palomir y Elian el lozano, y Branfil y Enil, y Sarquiles é Maratros de Lisando, cohermano de don Florestan, é hobo muchos muertos y heridos de ambas partes; é don Galvanes se hobiera de perder muchas veces, si Dragonis no le socorriera con su gente; pero al cabo lo sacó de entre la priesa tan mal llagado, que se no podía tener, así era fuera de sentido; é hizolo llevar al Lago Ferviente, y él quedó con aquella compañía poca que escapara, defendiendo la sierra á los contrarios. Así que, se puede decir con mucha razón que por la fortaleza del Rey é gran simpleza de don Florestan, no le queriendo herir ni estrechar, teniéndole en su poder, fué esta batalla vencida como oídes, que se debe comparar á aquel fuerte Héctor cuando hobo la primera batalla con los griegos en la sazón que desembarcar querían en el su gran puerto de Troya, que teniéndolos casi vencidos, é puesto fuego por muchas partes en la flota, donde ya resistencia no había, hallóse acaso en aquella gran priesa su cohermano Ajax Telamon, hijo

de Ansiona, su tia; é conociéndose é abrazándose á ruego suyo, sacó de la lid á los troyanos, quitándoles aquella gran vitoria de las manos, y los hizo volver á la ciudad, que fué causa que, salidos los griegos en tierra, fortalecido su real con tantas muertes é tantos buenos, tan gran destrucción aquella tan fuerte gente, tan famosa ciudad, en el mundo señalada, aterrada y destruida fuese en tal forma, que nunca de la memoria de las gentes caerá en tanto que el mundo durare. Por donde se da á entender que en las semejantes afrentas la piedad é cortesía no se debe obrar con amigo ni pariente fasta qu'el vencimiento haya fin y cabo; porque muchas veces acaece por lo semejante aquella buena dicha y ventura que los hombres aparejada por sí tienen, no la sabiendo conocer ni usar della como debían, la tornan en ayuda de aquellos que, teniéndola perdida, quitándola de sí á ellos, gela facen cobrar.

Pues á propósito tornando, como el rey Lisuarte vió sus enemigos fuera del campo, é acogidos á la sierra, y que el sol se ponía, mandó que ninguno de los suyos no pasase por estonces adelante, é puso sus guardas por estar seguro; é porque Dragonis, que con la gente á la montaña se acogiera, tenía los mas fuertes pasos della tomados, mandó levantar sus tiendas de donde antes las tenía, é fizolas asentar en la ribera de una agua que al pié de la montaña descendía, é dijo que llamasen al rey Cildadan é á don Galaor; mas fué dicho que estaban haciendo gran duelo por don Florestan é don Cuadrágante, que eran al punto de la muerte llegados; y como él ya apeado fuese, demandó el caballo, mas por los consolar que con sabor de mandar poner remedio aquellos caballeros, por le ser contrarios; como quiera que algo á piedad fué movido en se le acordar de cómo don Florestan en la batalla que él hobo con el rey Cildadan puso su cabeza desarmada delante dél, y recibió en el escudo aquel gran golpe del valiente Gandancuriel, porque al Rey no le diese; é tambien cómo aquel día mismo le dejó de ferir por virtud. E fuése donde estaban, é consolándolos con palabras amorosas, é de los facer curar los dejó contentos; pero esto no tovo tanta fuerza, que antes don Galaor no se anorteciese muchas veces sobre su hermano don Florestan; mas el Rey los mandó llevar á una muy buena tienda, é sus maestros que los curasen, y levando consigo al rey Cildadan, dió licencia á don Galaor que allí con ellos aquella noche quedase; y llevó consigo á la tienda misma los siete caballeros presos que ya oistes, donde los hizo con los otros curar. Así fueron, como oídes, en guarda de don Galaor aquellos caballeros feridos, desacordados, y los que presos fueron; donde con ayuda de Dios principalmente, y de los maestros, que muy sábios eran, antes que el alba del día viniese fueron todos en su acuerdo, certificando á don Galaor que, según la disposición de sus heridas, que gelos darian sanos é libres.

Otro día, estando don Galaor y Norandel, su amigo, é don Guilan el cuidador con él por le facer compañía en aquella gran tristeza en que por su hermano é por otros de su linaje estaba, oyeron tocar las trompetas é añafiles en la tienda del Rey, lo cual era señal de se armar la gente, y ellos ligaron muy bien sus llagas por

la sangre que no saliese, é armándose, cabalgando en sus caballos, se fueron luego allá, é hallaron que el Rey estaba armado de armas frescas y en un caballo holgado, acordando con el rey Arban de Norgales y el rey Cildadan é don Grumedan qué faría en el acometimiento de los caballeros que en la sierra estaban, y los acuerdos eran diversos; que unos decían que, según su gente estaba mal parada, que no era razón, fasta que reparados fuesen, de acometer sus enemigos, y otros decían que, como por estonces estaban todos encendidos en saña, si para mas dilación dejasen, que serían malos de meter en la hacienda, especialmente si Agrájes viniese en aquella sazón que á la pequeña Bretaña fuera por viandas y gente, que con él tomarían grande esfuerzo; y preguntado don Galaor por el Rey qué le parecía que se debía facer, dijo: «Señor, si vuestra gente es mal trecha y cansada, así lo son vuestros contrarios, pues ellos pocos, y nosotros muchos, bien sería que luego fuesen acometidos.—Así se haga,» dijo el Rey. Estonces, ordenada su gente, acometieron la sierra, siendo don Galaor el delantero, é Norandel su compañero, que le seguía, y todos los otros en pos dellos. E como quiera que Dragonis con la gente que tenía defendió alguna pieza los pasos y sobidas de la sierra, tantos ballesteros y archeros allí cargaron, que hiriendo muchos dellos, se los hicieron mal su grado dejar; é subiendo los caballeros á lo llano, hobo entr'ellos una batalla asaz peligrosa; mas en la fin, no pudiendo sufrir la gran gente, por fuerza les convino retraer á la villa é castillo; é luego el Rey llegó, y mandando traer sus tiendas é aparejos, asentó sob'ellos, y cercólos, é mandó venir la flota que cercasen el castillo por la mar; é porque no atañe mucho á esta historia contar las cosas que allí pasaron, pues que es de Amadís, y él no se halló en esta guerra, cesará aquí este cuento.

Solamente sabed que el Rey los tovo cercados trece meses por la tierra y por la mar, que de ninguna parte fueron socorridos; que Agrájes fuera doliente, y tampoco no tenía tal aparejo que á la gran flota del Rey pudiese; é faltando las viandas á los de dentro, se comenizó pleitesía entr'ellos que el Rey soltase todos los presos libremente, é don Galvanes asimesmo los que en su poder tenía, y que entregase la villa é castillo del Lago Ferviente al Rey, é toviesen treguas por dos años; é como quier que esto fuese ventaja del Rey, según la gran reguridad suya, no lo quería otorgar, sino que hobo cartas del conde Argamonte, su tío, que en la tierra quedara, cómo todos los reyes de las insolas se levantaban contra él, veyéndole en aquella guerra que estaban, y que tomaban por mayor é caudillo al rey Arábigo, señor de las insolas de Landas, que era el mas poderoso dellos, y que todo esto había urdido Arcalaus el encantador; qu'él por su persona andoviera por todas aquellas insolas, levantándolos é juntándolos, haciéndoles ciertos que no hallarian defensa ninguna, y que podrían partir entre sí aquel reino de la Gran Bretaña; aconsejando aquel conde Argamonte al Rey que, dejadas todas cosas, se volviese á su reino. Esta nueva fué causa de traer al Rey al concierto, que él por su voluntad no quisiera sino tomarlos y matarlos todos; así que, el concierto fecho, el Rey, acompañado de mu-

chos hombres buenos, se fué á la villa, que las puertas halló abiertas, é de allí al castillo, é salió don Galvanes é aquellos caballeros que con él estaban, é Madasima, cayéndole las lágrimas por sus hermosas faces, y llegó al Rey é dióle las llaves, y dijo: «Señor, faced desto lo que vuestra voluntad fuere.» El Rey las tomó é las dió á Bramdoidas. Galaor se llegó á él é dijole, «Señor, medida y merced, que menester es; é si y'os servi, niémbreose á esta hora.—Don Galaor, dijo el Rey, si á los servicios que me habeis fecho yo mirase, no se fallaría el galardón aunque yo mill tanto de lo que valgo valiese, y lo que aquí faré no será contado en lo que á vos debo.» Entonces dijo: «Don Galvanes, esto que por fuerza contra mi voluntad me tomastes, y por fuerza lo torné á ganar, quiero yo de mi grado, por lo que vos valeis, y por la bondad de Madasima, é por don Galaor, que afincamente me lo ruega, que sea vuestro; quedando en el mi señorío y vos en mi servicio, y los que de vos vinieren, que como suyo lo habrán.—Señor, dijo don Galvanes, pues que mi ventura no me dió lugar á que lo yo hobiese por aquella via que mi corazón deseaba, como quien ha cumplido todo lo que debía, sin faltar ninguna cosa, lo recibo en merced, á tal condición, que en tanto que lo poseyere sea vuestro vasallo; é si otra cosa mi corazón se otorgare, que dejádooslo libre, libre quede yo para facer lo que quisiere.» Luego los caballeros del Rey que allí estaban le besaron las manos por aquello que ficiera, é don Galvanes é Madasima por sus vasallos. Acabada esta guerra, el rey Lisuarte acordó de se tornar luego á su reino, é así lo hizo, que folgando allí quince días, en que así é como los otros que feridos estaban fueron reparados, tomando consigo á don Galvanes, y de los otros los que con él ir quisieron, entró en flota, é navegando por la mar, aportó en su tierra, donde falló nuevas de aquellos siete reyes que contra él venían. E aunque en mucho lo toviese, no lo daba á entender á los suyos, antes mostraba que lo tenía en tanto como nada; é salido de la mar, fuése donde la Reina estaba, de la cual fué recibido con aquel verdadero amor que della amado era; é allí, sabiendo las nuevas ciertas cómo aquellos reyes venían, no dejando de holgar é haber placer con la Reina é su hija é sus caballeros, aparejaba las cosas necesarias para resistir aquella afrenta.

CAPITULO VI.

Que recuenta cómo Amadís é don Bruneo quedaron en Gaula, y don Bruneo estaba muy contento é Amadís triste. Y cómo se acordó de apartar don Bruneo de Amadís, yendo á buscar aventuras, é Amadís é su padre el rey Perion é Florestan acordaron de venir á socorrer al rey Lisuarte.

Cómo el rey Cildadan é don Galaor partieron de Gaula, quedaron allí Amadís é don Bruneo de Bonamar; mas aunque se amaban de voluntad, eran muy diversos en las vidas; que don Bruneo, estando allí donde su señora Melicia era, é hablando con ella, todas las otras cosas del mundo eran fuidas é apartadas de su memoria; pero Amadís, siendo alejado de su señora Oriana, sin ninguna esperanza de la poder ver, ninguna cosa presente le podía ser sino causa de gran tristeza y soledad. E así, acaeció que cabalgando un día por la ri-

bera de la mar, solamente llevando consigo á Gandalin, fuése poner encima de unas peñas por mirar desde allí si vería algunas fustas que de la Gran Bretaña viniesen, por saber nuevas de aquella tierra donde su señora estaba, y en cabo de una pieza que allí estuvo vió venir d'aquella parte que él deseaba una barca, é como al puerto llegó, dijo á Gandalin: «Vé á saber nuevas de aquellos que allí vienen, é apréndelas bien, porque me las sepas contar.» Y esto hacia él mas por cuidar en su señora, de que siempre Gandalin le estorbaba, que por otra cosa alguna; y como dél se partió, apeóse de su caballo, é atándolo á unos ramos de un árbol, se asentó en una peña por mejor mirar la Gran Bretaña; é así estando, trayendo á su memoria los vicios y placeres que en aquella tierra hobiera, en presencia de su señora, donde por su mandado todas las cosas facia tener aquello tan alongado é tan sin esperanza de lo cobrar, fué en tan gran cuita püesto, que nunca otra cosa miraba sino la tierra, cayendo de sus ojos en mucha abundancia las lágrimas. Gandalin se fué á la barca, é mirando los que en ella venian, vió entr'ellos á Durin, hermano de la doncella de Denamarca, é decendió presto, é llamólo aparte, é abrazáronse mucho, como aquellos que se amaban; y tomándole consigo, llevólo á Amadís, y llegando cerca dond'él estaba, vieron una forma de diablo de fechora de gigante, que tenía las espaldas contra ellos, y estaba esgrimiendo un venablo, y lanzólo contra Amadís muy recio, é pasóle por cima de la cabeza; é aquel golpe erró por las grandes voces que Gandalin dió; y recordando Amadís, vió cómo aquel gran diablo le lanzó otro venablo, mas él, dando un salto, le hizo perder el golpe, y poniendo mano á su espada, fué para él por lo ferir, mas viole ir corriendo tan ligeramente, que no había cosa que lo alcanzar pudiese; y llegó al caballo de Amadís, y cabalgando en él, dijo en una voz alta: «¡Ay Amadís, mi enemigo! yo soy Andandona, la gigante de la insola Triste, é si agora no acabé lo que deseaba, no faltará tiempo en que me vengue.»

Amadís, que en pos della quisiera ir en el caballo de Gandalin, como vió que era mujer, dejóse dello, é dijo á Gandalin: «Cabalga en ese caballo, é si á aquel diablo podieses cortar la cabeza, mucho bien sería.» Gandalin cabalgando se fué al mas ir que pudo tras ella, é Amadís cuando á Durin vió fuélo á abrazar con mucho placer; que bien creía traerle nuevas de su señora; y llevándolo á la peña donde ante estaba, le preguntó de su venida. Durin le dió una carta de Oriana, que era de creencia, y Amadís le dijo: «Agora me di lo que te mandaron.» El le dijo: «Señor, vuestra amiga está buena y salúdaos mucho, y ruégavos que no tomeis congoja, sino que os consoleis, como ella, fasta que Dios otro tiempo traya; y fácevos saber cómo parió un hijo, el cual mi hermana é yo llevamos á Adalasta, la abadesa de Miraflores, que por hijo de mi hermana lo crie (mas no le dijo cómo le perdieran); é ruégavos mucho, por aquel grande amor que os ha, que no os partais desta tierra fasta que hayais su mandado.» Amadís fué ledo en saber de su señora y del niño; pero de aquel mandado que allí estoviese nó le plogo, porque con ello menoscabaría su honra, segun lo que las gen-

tes dél dirían; mas, como quiera que fuese, no pasaría el su mandado. Y estando allí una pieza, sabiendo nuevas de Durin, vió venir á Gandalin, que tras aquel diablo fuera, é traía el caballo de Amadís, é la cabeza de Andandona atada al petral por los cabellos luengos y canos, de que Amadís é Durin hobieron mucho placer; y preguntóle cómo la matara, y él dijo que yendo tras ella por la alcanzar, y queriendo descabalar del caballo en que iba para se meter en un barco que enramado tenía, que con la priesa fizo enarmonar el caballo é la tomó debajo; así que, la quebrantó, é yo llegué y tropelléla, de manera que cayó en el suelo tendida, y entonces le corté la cabeza.» Luego cabalgó Amadís y se fué á la villa, y mandó levar la cabeza de Andandona á don Bruneo para que la viese, é dijo á Durin: «Mi amigo, véte á mi señora é dile que le beso las manos por la carta que me envió é por lo que tú de su parte me dejiste; y que le pido por merced haya manciada de mi honra en no me dejar folgar aquí mucho, pues no tengo de pasar su mandado; que los que en tanta folganza me vieren, no sabiendo la causa dello, atribuirlo han á cobardía é poquedad de corazon, y como la virtud muy dificultosamente se alcanza, y con pequeño olvido y entrevalo sea dañada aquella gran gloria y fama que fasta aquí he procurado de ganar con su membranza y favor, si mucho escurecer la dejase, como todos los hombres naturalmente sean mas inclinados á dañar lo bueno que abogados tener con sus malas lenguas, muy presto quedaria en tanta mengua é deshonra, que la misma muerte no sería á ello igual.» Con esto se tornó Durin por donde viniera, é don Bruneo de Bonamar, como ya muy mejorado de la llaga corporal estoviese, é de la del espíritu mas fuerte ferido, como aquel que veía su señora Melicia muchas veces, que era causa de ser su corazon encendido en mayores dolores, considerando que aquello alcanzar no se podia sin que gran afan tomase é mayor el peligro, haciendo tales cosas que por su gran valor de tan alta señora querido é amado fuese, acordó de se apartar de aquel gran vicio por seguir lo que el efeto de lo qu'él mas deseaba alcanzar podría; é seyendo en disposicion de tomar armas, estando en el monte con Amadís, que otra vida sino cazar tenía, le dijo: «Señor, mi edad é lo poco de honra que he ganado me mandan que, dejando esta tan folgada vida, vaya á otra, donde con mas loor é prez sea ensalzado; é si vos estáis en disposicion de buscar las aventuras, aguardaros he, é si no, demándoos licencia; que mañana quiero andar mi camino.»

Amadís, que esto le oyó, de gran congoja fué atormentado, deseando él con mucha aficion aquel camino, y por el defendimiento de su señora no lo poder facer, é dijo: «Don Bruneo, yo quisiera ser en vuestra compañía, porque mucha honra della me podría ocurrir, pero el mandamiento del Rey mi padre me lo defiende, que me dice haberme menester para el reparo de algunas cosas de sus reinos; así que, por el presente no puedo al facer sino encomendaros á Dios que os guarde.» Tornados á la villa esa noche, fabló don Bruneo con Melicia, y certificado della que seyendo voluntad del Rey su padre é de la Reina, le placiera casar con él, se despidió della, é así se despidió del Rey é

de la Reina, teniéndoles en mucha merced el bien que le ficeran, é que siempre en su servicio seria; se fué á dormir, y al alba del día, oyendo misa é armado en su caballo, saliendo con el Rey é Amadís, é con gran humildad dellos despedido, entró su camino, donde la ventura lo guiaba, en el cual fizo muchas cosas y extrañas en armas, que seria largo de las contar; mas por agora no se dirá mas dél fasta su tiempo. Amadís quedó en Gaula, como ois, donde moró trece meses é medio, en tanto que el rey Lisuarte tovo el castillo del Lago Ferviente cercado, andando á caza é monte, que á esto mas que á otras cosas era inclinado, y en este medio tiempo aquella su gran fama é alta proeza era escurecida, é tan avitada de todos, que bendiciendo á los otros caballeros que las aventuras de las armas seguían, á él muchas maldiciones daban, diciendo haber dejado en el mejor tiempo de su edad aquello de que Dios tan complidamente sobre todos los otros ornado le había, especialmente las dueñas y doncellas, que á él con grandes tuertos y desaguisados venían para que remedio les posiese; y no lo fallando como solía, iban con gran pasion por los caminos publicando el menoscabo de su honra; y como quiera que todo ó la mayor parte á sus oidos viniese, y por gran desventura suya lo toviese, ni por eso ni por otra cosa mas grave no osaria pasar ni quebrar el mandamiento de su señora. Así estovo este dicho tiempo que ois disfamado é avitado de todos, esperando lo que su señora le mandase, fasta tanto que el rey Lisuarte, sabiendo por nuevas ciertas cómo el rey Arábigo é los otros seis reyes eran ya con todas sus gentes en la insula Leonida para pasar en la Gran Bretaña, y Arcalaus el encantador, que con mucha acucia los movía, faciéndoles seguros que no estaba en mas ser señores d'aquel reino de cuanto en él pasasen, y otras muchas cosas, por los atraer, que otro medio no tomasen, aderezaba toda cuanta mas gente podia para los resistir. E aunque con su fuerte corazon é gran discrecion en poco aquella afrenta mostraba tener, no lo facia así la Reina, antes con mucha angustia decia á todos la gran pérdida que el Rey fizo en perder á Amadís é su linaje, que si ellos allí fuesen, en poco ternia lo que aquella gente podiese facer; pero aquellos caballeros que en la insola de Mongaza desbaratados fueron, aunque el bien del Rey no deseasen, veyendo de su parte á don Galaor é á don Brian de Monjaste, que por mandado del rey Ladasan de España venían, con dos mil caballeros que en su ayuda envió, de qu'él había de ser caudillo, é le había de seguir, é don Galvanes, que era su vasallo, acordaron de ser en su ayuda en aquella batalla, donde gran peligro de armas se esperaba; é los que se fallaron allí eran don Cuadrante, é Listoran de la Torre Blanca, Imosil de Borgoña, y Madansiel (1) de la Puente de la Plata, y otros sus compañeros, que por amor dellos allí quedaron; todos ponían acucia en aderezar sus armas y caballos y lo necesario, esperando que en saliendo aquellos reyes de aquella insola moviera el rey Lisuarte contra ellos.

Mabilia fabló un dia con Oriana, diciéndole que era mal recaudo en tal tiempo no tomar acuerdo de lo que Amadís facer debía; que si por ventura fuese contra su

(1) Llamado Madanil en la página 103, y Madancil en la 172.

padre, podría recrecer peligro alguno dello; que si la parte de su padre fuese vencida, demás del gran daño que á ella venía, perdiéndose la tierra que suya había de ser, segun su esfuerzo, cierto estaba que allí quedaria muerto, é por el semejante si la parte donde Amadís se fallase vencida fuese. Oriana, conociendo que verdad decia, acordó de tomar por partido de escribir á Amadís que no fuese en aquella batalla contra su padre; pero que á otra parte que le contentase pudiese ir, ó estar en Gaula si le agradase. Esta carta de Oriana fué metida en otra de Mabilia, y llevada por una doncella que á la corte era venida con donas de la reina Elisena á Oriana é á Mabilia, la cual despedida dellas, é pasando en Gaula, dió la carta á Amadís del mensajero, que despues de la haber leído, fué tan alegre, que cierto mas ser no podia, así como aquel que le parecia salir de la tiniebla á la claridad; pero fué puesto en gran cuidado, no se sabiendo determinar en lo que faría, que por su voluntad no había gana de ser en la batalla á la parte del rey Lisuarte, é contra él no lo podia facer, porque su señora gelo defendía. Así que, estaba suspenso, sin saber qué ficiese, é luego se fué al Rey su padre con el continente mas alegre que fasta allí lo toviera, é fablando entrambos, se asentaron á la sombra de unos olmos que en una plaza cabe la playa de la mar estaban, é allí fablaron en algunas cosas, é todo lo mas en aquellas grandes nuevas que de la Gran Bretaña oyeran del levantamiento de aquellos reyes con tan grandes compañías contra el rey Lisuarte. Pues así estando como ois, el rey Perion é Amadís vieron venir un caballero en un caballo laso é cansado, y las armas que un escudero le traía cortadas por muchos lugares; así que, las sobreseñales no mostraban de quién fuesen, é la loriga rota é mal parada, en que poca defensa había. El caballero era grande é parecia muy bien armado. Ellos se levantaron de donde estaban é iban á lo recibir por le facer toda honra, como á caballero que las aventuras demandaba; é siendo mas cerca, conociólo Amadís que era su hermano don Florestan, é dijo al Rey: «Señor, védes allí el mejor caballero que, despues de don Galaor, yo sé, é sabed que don Florestan, vuestro hijo, es.» El Rey fué muy alegre, que lo nunca viera é sabia su gran fama, é andovo mas que ante; pero llegado don Florestan, apeóse del caballo, é fincando los hinojos, quiso besar el pié al Rey, mas el Rey lo levantó é dióle la mano y besólo en la boca.

Etonces lo llevaron consigo al palacio, y ficiéronlo desarmar é lavar su rostro é manos, é Amadís le hizo vestir unos paños suyos muy ricos é bien fechos, que fasta entonces no se vistieran; é como era grande de cuerpo é bien tallado y fermoso de rostro, parecia tan bien, que pocos hobiera que tan apuestos como él pareciesen. Así lo llevaron á la Reina, que della y de su hija Melicia fué con tanto amor recibido como lo fuera cualquier de sus hermanos, que en nó menos le tenían, segun los grandes fechos en armas por que había pasado, que dél sabían. E fablando con él en algunos dellos, y él respondiendo como caballero cuerdo y bien criado, preguntáronle, pues de la Gran Bretaña venía, qué cosa era aquello de los reyes de las insolas é de sus compañías. Don Florestan les dijo: «Eso sé yo bien

cierto, é creed, señores, que el poder de aquellos reyes es tan grande y de tan extraña é fuerte gente, que creo yo que el rey Lisuarte no podrá valer á sí ni á su tierra, de que no nos debe mucho pesar, segun las cosas pasadas. —Hijo don Florestan, dijo el Rey, yo tengo al rey Lisuarte, por lo que dél me dicen, en tal posesion, así de esfuerzo como de las otras buenas maneras que rey debe tener, que salirá desta afrenta con la honra que de las otras ha salido; y puesto que al contrario fuese no nos debe placer dello, porque ningun rey debe ser alegre con la destruicion de otro rey, si él mismo no le destruyese por legítimas causas que le á ello obligasen.» Así estovieron allí una pieza, y el Rey se acogió á su cámara; Amadís é don Florestan á la suya, é cuando solos estaban, Florestan dijo: «Señor, yo os vine á demandar por vos decir una cosa que he oído por todas las partes donde andove, de que gran dolor mi corazón siente, é no os pese de lo oír.—Hermano, dijo Amadís, toda cosa por vos dicha he yo placer de la oír, é si es tal que deba ser castigada, con vuestro acuerdo lo faré.» Don Florestan dijo: «Creed, Señor, que profazan de vos todas las gentes, menoscabando vuestra honra, pensando que con maldad habeis dejado las armas y aquello para que señaladamente extremado entre todos nacistes.» Amadís le dijo riendo: «Ellos piensan de mí lo que no deben, é de aquí adelante se hará de otra guisa, y de otra guisa lo dirán.» Aquel día pasaron con mucho placer, con la venida de aquel caballero, al cual muchas gentes ocurrieron por le ver y hacer honra.

La noche venida, acostáronse en ricos lechos, é Amadís no podía dormir, pensando en dos cosas: la una en hacer tanto aquel año en armas, que lo que dél habian dicho con lo contrario se purgase; é la otra, qué faría en aquella batalla que se esperaba, que, segun la grandeza della, no podía él sin vergüenza excusarse no ser en ella, pues ser contra el rey Lisuarte su señora gelo defendía, y ser en su ayuda defendialo la razon, segun le fuera desagradecido é había malparado á los de su linaje; pero en la fin determinóse de ser en la batalla en ayuda del rey Lisuarte por dos cosas: la una, porque su gente era mucho menos que los contrarios; é la otra, porque, siendo vencido, perdíase la tierra que de su señora Oriana había de ser. Otro día en la mañana Amadís tomó consigo á Florestan é fuése á la cámara del Rey su padre, é mandando salir á todos, le dijo: «Señor, yo no he dormido esta noche, pensando en esta batalla que se apareja entre aquellos reyes de las insolas y el rey Lisuarte; que, como esta será una cosa señalada, todos los que armas traen debian ser en tan gran cosa como esta será, de la una ó de la otra parte; é como yo haya estado tanto tiempo sin ejercitar mi persona, é con ello haya cobrado tan mala fama, como vos, hermano, sabeis, en fin de mi cuidado determiné ser en ella, y de la parte del rey Lisuarte, no por le tener amor, mas por dos cosas que agora oiréis: la primera, por tener menos gente, á que todo bueno debe socorrer; la segunda, porque mi pensamiento es de morir allí, ó hacer mas que en ninguna parte donde me fallase; é si de la parte contraria del rey Lisuarte fuese, está en ella Galaor é don Cuadrante é Brian de

Monjaste, que cada uno destos, segun su bondad, ternán este mismo pensamiento; y no pudiendo excusar de encontrar conmigo, ved que desto podría redundar no otra cosa sino su muerte ó la mía; pero mi ida será tan encobierta, que á todo mi poder no seré conocido.» El Rey le dijo: «Fijo, yo soy amigo de los buenos, é como sepa ser este Rey que decis uno dellos, siempre mi voluntad fué aparejada de le honrar é ayudar en lo que podiese; é si dello por agora soy apartado, ha sido por estas diferencias que con vos é vuestros amigos ha tenido; y pues que vuestra intencion es tal, tambien quiero ser en su ayuda y ver las cosas que allí se harán. Pésame que el negocio es tan breve, que no podré llevar la gente que querria, pero con la que podiere haber irémos.»

Oído esto por don Florestan, estuvo una pieza cuidando, y despues dijo: «Señores, acordádomese de la cruzada de aquel rey, é cómo nos dejara morir en el campo si por don Galaor no fuera, y de la enemistad que sin causa nos tiene, no hay en el mundo cosa por que mi corazón fuese otorgado á le ayudar; pero dos cosas que al presente me ocurren facen que mi propósito mudado sea. La una es querer vosotros, señores, á quien yo de servir tengo, ser en su ayuda; é la otra, que al tiempo que don Galvanes con él pleiteó, cuando la insola de Mongaza le fué entregada, asentamos treguas por dos años; así que, pues yo no le puedo deservir, conviene que á mal de mi grado le sirva, é quiero ir en vuestra compañía; que siempre en gran congoja mi ánimo sería si tal batalla pasase sin que yo en ella fuese en cualquiera de las partes.» Amadís fué muy alegre de cómo se hacia todo á su voluntad, é dijo al Rey: «Señor, por mucha gente se debe contar vuestra sola persona é nosotros, que os servirémos; solamente queda en dar órden como encobiertos vamos é con armas señaladas é conocidas que nos guien é á que socorrerlos podamos; que si mas gente llevásedes, imposible sería nuestra ida ser secreta.—Pues que así vos parece, dijo el Rey, vamos á la mi cámara de las armas, é tomemos dellas las mas olvidadas é señaladas que allí falláremos.» Estonces saliendo de la cámara, entraron en un corral donde habia unos árboles, é siendo debajo dellos, vieron venir una doncella ricamente vestida y en un palafren muy hermoso, é tres escuderos con ella, é un rocín con un lio encima dél, y llegó al Rey despues que ellos la apearon, y saluólos, y el Rey la recibió muy bien, é díjole: «Doncella, ¿quereis á la Reina?—No, dijo ella, sino á vos é á esos dos caballeros; é vengo de parte de la dueña de la insola no Fallada, é vos traigo aquí unas donas que vos envia; por ende mandad apartar toda la gente, é mostrárvoslas he.» El Rey mandó que se tirasen afuera. La doncella hizo á sus escuderos desliar el lio que el palafren traía, é sacó dél tres escudos, el campo de plata, é sierpes de oro por él tan extrañamente puestas, que no parecian sino vivas, é las orlas eran de fino oro con piedras preciosas; y luego sacó tres sobreseñales de aquella misma obra que los escudos, y tres yelmos, diversos unos de otros; el uno blanco y el otro cárdeno y el otro dorado; el blanco, con el un escudo é su sobreseñal, dió al rey Perion, y el cárdeno á don Florestan, y el dorado, con lo otro, á Amadís, é díjole:

«Señor Amadís, mi señora vos envia estas armas, é dícevos que obreis mejor con ellas que lo habeis fecho despues que en esta tierra entrastes.» Amadís hobo recelo que descubriría la causa dello é dijo: «Doncella, decid á vuestra señora que en mas tengo ese consejo que me da que las armas, aunque son ricas y hermosas, y que á todo mi poder, así como ella lo manda, lo haré.» La doncella dijo: «Señores, estas armas os envia mi señora porque por ellas en la batalla os conozcais é ayudeis donde fuere menester.—¿Cómo supo vuestra señora, dijo el Rey, que seriamos en la batalla, que aun nosotros no lo sabemos?—No sé, dijo la doncella, sino que me dijo que á esta hora os fallaría juntos en este lugar, y que aquí vos diese las armas.» El Rey mandó que le diesen de comer y le ficiesen mucha honra.

La doncella desque hobo comido partióse luego á la Gran Bretaña, donde la mandaban ir. Amadís, como tal aparejo de armas vió, aquejábale mucho por la partida, con recelo que la batalla se daría sin que él en ella se fallase; é conocido esto por el Rey su padre, mandó secretamente que una nave fuese luego aderezada, en la cual, con achaque de ir á monte, una noche á la media noche entrados en ella, sin ningun entrevalo pasaron en la Gran Bretaña, aquella parte donde antes sabian que los siete reyes eran arribados, é pasaron en una floresta entre espesas matas, donde sus hombres les armaron un tendejon, y de allí enviaron un escudero que sopiese lo que hacian los siete reyes y en qué parte estaban, que pugnase por saber en qué día se daría la batalla; é asimismo enviaron una carta al real del rey Lisuarte para don Galaor, como que de Gaula gela enviaban, y que de palabra le dijese cómo ellos quedaban en Gaula todos tres, que le rogaban mucho que en pasando la batalla les ficiese saber de su salud; esto hacian por ser mas encobiertos. El escudero volvió día tarde, é díjoles que la gente de los reyes no tenia número, y que entre ellos habia muy extraños hombres y de lenguajes desvariados, y que tenian cercado un castillo de unas doncellas, cuyo era, é aunque el castillo muy fuerte era, ellas estaban en gran fatiga, segun oyera decir; y que andando por el real viera á Arcalaus el encantador, que iba hablando con dos reyes é diciendo que convenia darse la batalla en cabo de seis dias, porque las viandas serian malas de haber para tanta gente.

Así estovieron en aquel albergue viciosos é con mucho placer, matando de las aves con sus arcos, que á una fuente que cerca de sí tenian venian á beber, é aun algunos venados, é al cuarto día llegó el otro mensajero, é díjoles: «Señores, yo dejo á don Galaor muy bueno y esforzado, tanto que todos se esfuerzan con él; é cuando le dije vuestro mandado y que quedábedes todos tres en Gaula juntos, las lágrimas le vinieron á los ojos, é suspirando dijo: ¡Oh Señor! si á vos ploguiera que así juntos fueran en esta batalla de parte del Rey, como solian, perdiera todo pavor. E díjome que si de la batalla vivo saliese, que luego vos haría saber de su hacienda y de todo lo que pasase.—Dios le guarde, dijeron ellos; é agora nos decid de la gente del rey Lisuarte.—Señores, dijo él, muy buena compañía trae, y de caballeros muy señalados é conocidos; pero con la de los

contrarios muy poca dicen que es; y el Rey será estos dos dias á vista de sus enemigos, por socorrer las doncellas que están cercadas.» E así fué, que el rey Lisuarte vino con sus gentes, é posó en un monte á media legua de la vega donde sus enemigos estaban, donde se veian los unos á los otros; pero bien serian dos tantos la gente de los reyes. Allí estovo aquella noche aderezando todas sus armas é caballos para les dar la batalla otro día. Agora sabed que los seis reyes é otros grandes señores hicieron aquella noche homenaje al rey Arábigo de le tener en aquella afrenta por mayor é se guiar por su mandado; y él les juró de no tomar mas parte de aquel reino que cualquiera dellos; solamente queria para sí la honra; é luego hicieron pasar toda su gente un rio que entre ellos y el rey Lisuarte estaba; así que, se posieron muy cerca dél.

Otro día de mañana armáronse todos é paráronse delante del rey Arábigo tan gran número de gente y tan bien armados, que no tenian á los contrarios en tanto como nada, y decian que, pues el Rey les osaba dar batalla, que la Gran Bretaña suya era. El rey Arábigo hizo de su gente nueve haces, cada una de mill caballeros, pero en la suya habia mill é quinientos; é diólas á los reyes é otros caballeros, é puso las unas é las otras muy juntas. El rey Lisuarte mandó á don Grumedan é á don Galaor é don Cuadrante é Angriote de Estravaus que repartiesen sus gentes é las parasen en el campo como habian de pelear; que estos sabian mucho en todo hecho de armas; é luego decendió del monte por el recuesto ayuso á se poner en lo llano; é como era tal hora que salía el sol, feria en las armas, é parecian tan bien y tan apuestos, que aquellos sus contrarios, que de ante en poco los tenian, de otra manera los juzgaban. Aquellos caballeros que os digo, hicieron de la gente cinco haces, é la primera hobo don Brian de Monjaste con mil caballeros de España que le aguardaban, que su padre enviara al rey Lisuarte; et la segunda hobo el rey Cildadan con su gente é con otra que le dieron; la tercera hobo don Galvanes é Gavarte, su sobrino, que allí viniera por amor dél y de los amigos que allí eran, mas que por servir al Rey; en la cuarta iba Giontes, sobrino del Rey, con asaz de buenos caballeros; la quinta llevaba el rey Lisuarte, en que habia dos mill caballeros, é rogó é mandó á don Galaor é á don Cuadrante é á Angriote de Estravaus, é á Gavarte de Val Temeroso é á Grimeo el valiente, que le guardasen é mirasen por él, é por esta causa no les daba cargo de gente. Así como ois, en esta ordenanza movieron por el campo muy paso los unos contra los otros; mas á esta sazón eran ya llegados á la vega el rey Perion é sus hijos, Amadís é Florestan, en sus ferrosos caballos é con las armas de las sierpes, que mucho con el sol resplandecian, é veníanse derechos á poner entre los unos é los otros, blandiendo sus lanzas con unos fierros tan limpios, que lucian como estrellas, é iba el padre entre los hijos.

Mucho fueron mirados de ambas las partes, é de grado los quisiera cada una dellas de su parte; mas ninguno sabia á quién querian ayudar, ni los conocian; y ellos, como vieron que la haz de Brian de Monjaste iba por se juntar con los enemigos, posieron las espuelas á los ca-

ballos y llegaron cerca de la seña de Brian de Monjaste, é luego se volvieron contra el rey Targadan, que contra él venia. Alegre fué don Brian con su ayuda, aunque no los conocía, é cuando vieron que era tiempo, fueron todos tres á herir en la haz de aquel rey Targadan tan duramente, que á todos ponian en gran pavor. De aquella ida firió el rey Perion aquel rey tan duramente, que lo puso en tierra, y entróle por el pecho una parte del fierro de la lanza. Amadís firió á Abdasian el bravo, que no le prestó armadura, é pasó la lanza de un costado á otro, é cayó como hombre de muerte. Don Florestan derribó á Carduel á los piés del caballo, é la silla sobre él. Aquestos tres, como los mas preciados de aquella haz, vinieron delante por se combatir con los de las sierpes; é luego posieron mano á las espadas, y pasaron por aquella haz primera, derribando cuantos ante sí fallaban, é dieron en la otra segunda; é cuando así se vieron en medio de entrambas, allí podíades ver las sus grandes maravillas, que con las espadas facian tanto, que de la una ni otra parte no había hombre que á ellos se llegase, y tenían debajo de sus caballos mas de diez caballeros que habían derribado; pero á la fin, como los contrarios viesan que no eran mas de tres, cargaban ya sobre ellos de todas partes con grandes golpes; así que, fué bien menester el ayuda de don Brian de Monjaste, que llegó luego con los sus españoles, que era fuerte gente y bien cabalgada; y entraron tan recio por ellos, derribando é matando, y dellos tambien muriendo é cayendo por el suelo, que los de las sierpes fueron socorridos, é los contrarios tan afrentados, que por fuerza llevaron aquellas dos haces fasta dar en la tercera; é allí fué muy gran priesa é gran peligro de todos, é murieron muchos caballeros de ambas las partes; pero lo que el rey Perion é sus hijos facian no se puede contar. La revuelta fué tan grande, que el rey Arábigo temió que los mismos suyos, que se habían retraído, harían fuir á los otros; é dió grandes voces á Arcaus que ficiese mover todas las haces é rompiesen de golpe; é así se hizo, que todos rompieron juntos, y el rey Arábigo con ellos; mas no tardó que lo mismo se hiciese por el rey Lisuarte; así que, las batallas todas fueron mezcladas, é las heridas fueron tantas, é las voces y el estruendo de los caballeros, que la tierra temblaba é los valles reteñían.

A esta hora el rey Perion, que muy bravo andaba en los delanteros, metióse tan de rendon por ellos, que se hobiera de perder; mas luego fué socorrido de sus hijos, que muchos dellos que le herian fueron por ellos muertos; y decían las doncellas desde la torre á voces: «Ea, caballeros; que el del yelmo blanco lo face mejor.» Pero en este socorro fué el caballo de Amadís muerto, é cayó con él en la mayor priesa, é los de su padre y hermano mal feridos; é como á pié le vieron con tan gran peligro, descabalgaron de los suyos é posieronse con él; allí cargó mucha gente por los matar é otros por los socorrer; pero en gran peligro estaban; que si no fuera por los duros é crueles golpes de que ferian, que se no osaban á ellos llegar, fueran muertos. E como el rey Lisuarte andoviese discurrendo por las batallas á un cabo é á otro con aquellos sus siete compañeros que ya oíste, vió á los de las sierpes en tan gran afrenta,

é dijo á don Galaor é á los otros: «Agora, mis buenos amigos, parezca vuestra bondad, socorramos á aquellos que tan bien nos ayudan.—Agora á ellos,» dijo don Galaor. Entonces firieron de las espuelas á sus caballos, y entraron por medio de aquella gran priesa fasta llegar á la seña del rey Arábigo, el cual daba voces esforzando á los suyos; y el rey Lisuarte iba tan bravo, é aquella su muy buena espada en la mano, é daba tantos é tan mortales golpes, que todos eran espantados de lo ver; é sus aguardadores apenas no le podían seguir, quél no llegase á la seña, é la no sacase por fuerza de las manos del que la tenía, y echándola á los piés de los caballos, dijo á grandes voces: «Clarencia, Clarencia, que yo soy el rey Lisuarte;» que este era su apellido. Tanto hizo, é tanto duró entre sus enemigos, que le mataron el caballo é cayó, de que fué muy quebrantado; así que, los que le aguardaban no le podían sobir en otro; mas llegaron luego allí Angriote é Antimon el valiente é Landin de Fajarque, decendiendo de su caballo, le posieron á él en el de Angriote, á mal de su grado de los enemigos, con ayuda de aquellos que lo aguardaban; é como quiera que mal herido y quebrantado estoviese, no se partió de allí fasta que cabalgaron Arcamon y Landin (1) de Fajarque; é trajeron otro caballo á Angriote de los que el Rey mandara andar por la batalla para se socorrer dellos. Aquella hora que esto acaeció, quedó todo el fecho de la batalla é afrenta en don Galaor é Cuadrante; é allí mostraron bien su gran valentía en sufrir é dar golpes mortales; é sabed que si por ellos no fuera, que con su gran esfuerzo detovieron la gente que venia contra el rey Lisuarte é los que con él eran, cuando estaban á pié, se vieran en gran peligro; é las doncellas de la torre daban voces, diciendo que aquellos dos caballeros de las devisas de las flores llevaban lo mejor; pero ni por eso no se pudo excusar que la gente del rey Arábigo en aquella sazón no toviese la mejoría, é cobraban campo reciamente; é la causa principal dello fué, que entraron de refresco dos caballeros de tan alto fecho de armas é tan valientes, que con ellos cuidaban vencer á sus enemigos, porque pensaban que á la parte del rey Lisuarte no había caballero que les campo toviese; el uno había nombre Brontajar Danfania, y el otro Argomádes de la insola Profunda; este traía armas verdes, é palomas blancas sembradas por ellas, é Brontajar de veros de oro é colorado; é como fueron en la batalla, parecían tan grandes, que los yelmos y los hombros mostraban sobre todos; é cuanto la lanza les turó, no les quedó caballero en la silla; é como quebradas fueron, metieron mano á sus espadas grandes y descomunales. ¿Qué vos diré? Tales golpes dieron con ella, que ya casi no fallaban á quién ferir; tanto escarmenaban con ello á todos; é así, iban delante librando el campo de todos, é las doncellas de la torre decían: «Caballeros, no fuyais; que hombres son, que no diablos.» Mas los suyos dieron grandes voces, diciendo: «Vencido es el rey Lisuarte.» Cuando el Rey esto oyó comenzó á esforzar á los suyos, diciendo: «Aquí quedaré muerto ó vencedor, porque el señorío de la Gran Bre-

(1) Quizá haya de leerse Ledaderin. Véanse las páginas 172, 176 y 179.

ña no se pierda.» Todos los mas se llegaban á él, que mucho era menester.

Amadís tomara ya otro caballo muy bueno é folgado, é atendía á su padre que cabalgase; é cuando oyó aquellas grandes voces, y decir que el rey Lisuarte era vencido, dijo contra don Florestan, que á caballo estaba: «¿Qué es esto? ¿por qué brama aquella astrosa gente?» El le dijo: «¿No védes aquellos dos mas fuertes é valientes caballeros que se nunca vieron, que estragan y destruyen cuantos ante sí fallan, é aun en esta batalla fasta agora no han parecido, é facen con su fortaleza ganar campo á la gente de su parte?» Amadís volvió la cabeza, é vió venir contra aquella parte do él estaba á Brontajar Danfania, hiriendo é derribando caballeros con su espada; é algunas veces la dejaba colgar de una cadena con que trabada la tenía, é tomaba á brazos é á manos los caballeros que alcanzaba; así que, ninguno le quedaba en la silla, é todos se alongaban dél fuyendo. «Santa María, val! dijo Amadís, ¿qué puede ser esto?» Entonces tomó una fuerte lanza que el escudero que el caballo le dió tenía, y membrándose a quella hora de Oriana, y de aquel gran daño, si su padre se perdiese, que ella recebia, enderezóse en la silla é dijo á don Florestan: «Guardad á nuestro padre.» A esta hora llegaba Brontajar mas cerca, é vió á Amadís cómo enderezaba contra él; é como tenía el yelmo dorado, é por las nuevas de las grandes cosas que dél le dijeron antes que en la batalla entrase, andaba con gran saña, rabiando por le encontrar, é tomó luego una lanza muy gruesa, é dijo á una voz alta: «Agora veréis hermoso golpe si aquel del yelmo de oro me osare atender.» E firió al caballo de las espuelas, la lanza so el sobaco, é fué contra él, é Amadís, que ya movía por el semejan-te, é firieronse con las lanzas en los escudos, que luego fueron falsados é las lanzas quebradas, y ellos se toparon de los cuerpos de los caballos uno con otro tan fuertemente, que cada uno le pareció que en una peña dura topara; é Brontajar fué tan desvanecido de la cabeza, que se no pudo tener en el caballo, é cayó en el suelo como si fuese muerto, é con la gran pesadumbre suya dió todo el cuerpo sobre el un pié, y quebró la pierna cabe él, y llevó un trozo de la lanza metido por el escudo, aunque era fuerte; el caballo de Amadís se hizo atrás bien dos brazadas y estovo por caer, é Amadís fué tan desacordado, que le no pudo dar de las espuelas, ni poner mano á la espada para se defender de los que le ferian; pero el rey Perion, que ya era á caballo, é vió el gran caballero y el encuentro que Amadís le diera tan fuerte, fué muy espantado, é dijo: «Señor Dios, guarda á aquel caballero!—Agora, dijo Florestan, acorramosle.»

Entonces llegaron tan bravos, que maravilla era de los ver, é metieronse por entre todos, firiendo y derribando, fasta llegar á Amadís, é díjole el Rey: «¿Qué es eso, caballero? esforzad, esforzad; que aquí estoy yo.» Amadís conoció la voz de su padre, aunque no era enteramente en su acuerdo, é puso mano á su espada, é vió cómo ferian muchos á su padre é á su hermano, é comenzó á dar por los unos é por los otros, aunque no con mucha fuerza, é aquí hobieran de recibir mucho peligro, porque la gente contraria era muy

esforzada, é los del rey Lisuarte habían perdido mucho campo, y estaban muchos sobre ellos por los matar, é muy pocos en su defensa; mas aquella sazón acudieron Agrájes é don Galvanes é Brian de Monjaste, que venian á gran priesa por se encontrar con Brontajar Danfania, que tanto estrago como ya oistes facia; é viendo los tres caballeros de las sierpes en tal afrenta, llegaron en su socorro, como aquellos que en ninguna cosa de peligro les fallecian los corazones; y en su llegada fueron muchos de los contrarios muertos y derribados; así que, los de las armas de las sierpes tuvieron lugar de poder ferir mas á su salvo á los enemigos. Amadís, que ya en su acuerdo estaba, miró á la diestra parte é vió al rey Lisuarte con alguna compañía de caballeros, que atendía al rey Arábigo, que contra él venia con gran poder de gentes, é Argomádes delante todos, é dos sobrinos del rey Arábigo, valientes caballeros, y el mismo rey Arábigo dando voces, esforzando á los suyos porque oía decir desde la torre: «El del yelmo de oro mató al gran diablo.» Entonces dijo: «Caballero, socorramos al Rey, que menester le face.» Luego fueron todos de consuno, y entraron por la priesa de la gente fasta llegar donde el rey Lisuarte estaba, el cual cuando cerca de sí vió los tres caballeros de las sierpes mucho fué esforzado, porque vió que el del yelmo dorado había muerto de un golpe aquel tan valiente Brontajar Danfania, é luego movió contra el rey Arábigo, que cerca dél venia, é Argomádes, que venia con su espada en la mano, esgrimiéndola por ferir al rey Lisuarte, parósele delante del yelmo dorado, é su batalla fué partida por el primer golpe. El del yelmo de oro, de que vió venir la gran espada contra él, alzó el escudo y recibió en él el golpe, é la espada decendió por el brocal bien un palmo, y entró por el yelmo tres dedos; así que, por poco lo hobiera muerto; é Amadís lo hirió en el hombro siniestro de tal golpe, que le tajó la loriga, que era de muy gruesa malla, é cortóle la carne é los huesos fasta el costado, de guisa que el brazo con parte del hombro fué del cuerpo colgado. Este fué el mas fuerte golpe de espada que en toda la batalla se dió. Argomádes comenzó é fuir, como hombre tollido que no sabia de sí, y el caballo lo tornó por donde viniera, é los de la torre decían á grandes voces: «El del yelmo dorado espanta las palomas.» Y el uno de aquellos sobrinos del rey Arábigo, que llamaban Ancidel; dejóse ir á Amadís, é dióle un golpe del espada en el rostro del caballo, que gelo cortó todo al través, é cayó el caballo muerto en tierra. Don Florestan, cuando esto vió, dejóse ir á él, que se estaba alabando, é firiólo por cima del yelmo de tal golpe, que le hizo abajar al cuello del caballo, é trabóle por el yelmo tan recio, que al sacar de la cabeza dió con él á los piés de Amadís; é don Florestan fué llagado en el costado de la punta de la espada de Ancidel.

A esta hora se juntó el rey Lisuarte con el rey Arábigo, é la una gente con la otra; así que, hobo entre ellos una esquivá é cruel batalla, é todos tenían mucho que facer en se defender los unos de los otros y en socorrer á los que muertos y feridos caían. Durin, el doncel de Oriana, que allí viniera por llevar nuevas de la batalla, estaba en uno de los caballos que el rey Li-

suarte mandara traer por la batalla para socorro de los caballeros que menester los hobiesen, é cuando vió al del yelmo dorado en tierra, dijo contra los otros doncelles que en otros caballos estaban: «Quiero socorrer con este caballo á aquel buen caballero; que no puedo facer mayor servicio al Rey.» E luego se metió á gran peligro por donde era la menos gente, é llegó á él é dijole: «Yo no sé quién vos sois; mas por lo que he visto vos trayo este caballo.» El lo tomó é cabalgó en él, é dijole paso: «Ay amigo Durin! este no es el primer servicio que tú me feciste.» Durin lo trabó del brazo é dijo: «No vos dejaré fasta que me digais quién sois.» Y él se abajó lo mas que pudo é dijole: «Yo soy Amadís, é no lo sepa de tí ninguno sino aquella que tú sabes.» E luego se fué donde vió la mayor priesa, haciendo cosas extrañas é maravillosas en armas, como las ficiera si su señora estuviera delante; que así lo tenía, estándolo aquel que muy bien gelo sabría contar. El rey Lisuarte, que se combatia con el rey Arábigo, dióle con la su buena espada tales tres golpes, que no lo osó mas atender; que, como sabía que aquel era el cabo y el caudillo de sus enemigos, puso todas sus fuerzas por le ferir, y retrájose detrás de los suyos, maldiciendo á Arcalaus el encantador, que á aquella tierra le hizo venir, esforzándole que gela haria ganar. Don Galaor se feria con Sarmadan, un valiente caballero, é como el brazo traía cansado de los golpes que diera, é la espada no cortaba, trabó con sus muy duros brazos, é sacándolo de la silla, dió con él en tierra, é cayó sobre el pescuezo; así que, luego fué muerto. E dígovos de Amadís que membrándose aquella hora del perdido tiempo que en Gaula estuvo, y de cómo su hora fué tan aviltada y menoscabada, y que aquello no se podía cobrar sino con lo contrario, hizo tales cosas, que ya no fallaba quien delante se le osase parar; é iban teniendo con él su padre, é don Florestan, é Agrájes, é don Galvanes, é Brian de Monjaste, é Norandel, é Guilan el cuidador, y el rey Lisuarte, que muy bravo aquella hora se mostraba. Así que, tantos derribaron de los contrarios, é tanto los estrecharon é pusieron en pavor, que no lo pudiendo sufrir, é habiendo visto al rey Arábigo ir huyendo ferido, desamparando el campo, se metieron en huida, trabajando de se acoger á las barcas, é otros á las sierras que cerca tenían. Mas el rey Lisuarte é los suyos los iban firiendo é matando muy cruelmente, é los de las armas de las sierpes delante todos, que no los dejaban; y todos los mas se acogian á una fusta con el rey Arábigo, é á las otras que podian alcanzar; mas muchos morieron en el agua é otros fueron presos.

A esta sazón que la batalla se venció era ya noche cerrada, y el rey Lisuarte se tornó á las tiendas de sus enemigos, é allí albergó aquella noche, con muy gran alegría del vencimiento que Dios le habia dado; mas los caballeros de las armas de las sierpes, como vieron el campo despachado y que no quedaba defensa ninguna, desviáronse todos tres del camino por donde cuidaban que el Rey tornaría, y metiéronse debajo de unos árboles, donde fallaron una fuente, é allí descabalgaron y bebieron del agua, é sus caballos, que mucho menester lo habian, segun lo que trabajaran aquel

dia; y queriendo cabalgar para se ir, vieron venir un escudero en un rocín, é poniéndose los yelmos porque los no conociese, lo llamaron encobiertamente. El escudero dudaba, pensando ser de los enemigos; mas como las armas de las sierpes les vió, sin ningún recelo se llegó á ellos, é Amadís le dijo: «Buen escudero, decid nuestro mensaje al Rey, si vos ploguiere.—Decid lo que os ploguiere, dijo él; que yo gelo diré.—Pues decidle, dijo él, que los caballeros de las armas de las sierpes, que en su batalla nos hallamos, le pedimos por merced que nos no culpe porque le no vemos, porque nos conviene de andar muy léjos de aquí á extraña tierra, é nos poner á mesura y merced de quien no creemos que la habrá de nosotros; y que le rogamos que la parte del despojo que á nosotros daria lo mande dar á las doncellas de la torre por el daño que les ficieron; y llevalde este caballo, que tomé á un doncel suyo en la batalla; que no queremos dél otro galardón mas deste que decimos.» El escudero tomó el caballo y se partió dellos, y se fué al Rey para gelo decir; y ellos cabalgaron é andovieron tanto fasta que llegaron á su albergue, que en la floresta tenían; é despues de ser desarmados é lavados sus rostros é manos de la sangre y del polvo, y reparando sus heridas como mejor podieron, cenaron, que muy bien guisado lo tenían, é acostáronse en sus lechos, donde con mucho reposo dormieron aquella noche. El rey Lisuarte, como fué tornado á las tiendas de sus enemigos, siendo ya todos ellos destruidos, preguntó por los tres caballeros de las armas de las sierpes, mas no falló quien otra cosa le dijese, sino que los vieran ir á mas andar hácia la floresta. El Rey dijo á don Galaor: «¿Por ventura sería aquel del yelmo dorado vuestro hermano Amadís, que segun lo que él fizo, no podia ser otorgado á otro sino á él?—Creed, Señor, dijo Galaor, que no es él, porque no pasan cuatro dias que dél sope nuevas que está en Gaula con su padre é con don Florestan, su hermano.—¿Santa María! dijo el Rey, ¿quién será?—No sé, dijo don Galaor; pero quienquier que sea, Dios le dé buena ventura; que á grande afán y peligro ganó honra y prez sobre todos.» Estando en esto, llegó el escudero é dijo al Rey todo lo que le mandaron, é mucho le pesó cuando le dijo que iban á tal peligro como ya oistes. Mas si Amadís lo dijo burlando, muy de verdad salió, como adelante se dirá. Así que, los hombres siempre deberían dar buenas noticias é fados en sus cosas; y el caballo que el escudero llevaba cayó delante del Rey, muerto de las grandes heridas que tenia. Aquella noche albergaron don Galaor é Agrájes é otros muchos de sus amigos en la tienda de Arcalaus, que muy rica y hermosa era, en la cual fallaron broslada de seda la batalla que con Amadís hobo, é cómo lo encantó, é otras que habia fecho. Otro dia luego el Rey partió el despojo por todos los suyos, é dió gran parte á las doncellas de la torre; é dando licencia á los que quisiesen á sus tierras ir con los otros, se fué á una su villa que Gandapa habia nombre, donde la Reina é su hija estaban. El placer que de sí hobieron no es de contar, pues que cada uno, segun lo pasado, puede pensar qué tal sería.

CAPITULO VII.

Cómo los caballeros de las armas de las sierpes embarcaron para su reino de Gaula, é la fortuna los echó donde por engaño fueron puestos en gran peligro de la vida, en poder de Arcalaus el encantador; y de cómo delibrados de allí, embarcaron, tornando su viaje, é don Galaor é Norandel vinieron acaso el mesmo camino, buscando aventuras, y de lo que les caeció.

Algunos dias folgaron en aquella floresta el rey Perion é sus hijos, é como el tiempo bueno y enderezado viesen, metiéronse luego á la mar en su galea, pensando ser en breve en Gaula; mas de otra guisa les avino, que aquel viento fué presto trocado, é fizo embravecer la mar. Así que, por fuerza les convino tornar á la Gran Bretaña, no á la parte donde ante estaban, sino á otra mas desviada; y llegaron la galea al pié de una montaña, que tocaba con la mar, en cabo de cinco dias de tormenta, é ficieron sacar sus caballos y armas por andar por aquella tierra en tanto que la mar asesegase y les viniese mas enderezado viento, é sus hombres metiesen agua dulce en la galea, que les habia faltado; y desde hobieron comido armáense y cabalgaron, y entraron por la tierra, por donde habian aportado, y mandaron á los de la galea que los atendiesen, é llevaron tres escuderos consigo; pero Gandalin no iba allí, porque era muy conocido. Así como ois subieron por un valle, encima del cual fallaron un llano, é no andovieron mucho por él, que fallaron cabe una fuente una doncella, que á su palafren á beber daba, vestida ricamente, y encima una capa de escarlata, que con hebillas é ojales de oro se abrochaba, y dos escuderos y dos doncellas con ella, que le traian falcones é canes, con que cazaba; é como ella los vió, conociólos luego en las armas de las sierpes, é fué, haciendo grande alegría, contra ellos, é como llegó, saluólos con mucha homildad, haciendo señas que era muda. Ellos la saluaron, y parecióles muy hermosa, é hobieron mancilla que fuese muda. Ella se llegaba al del yelmo dorado, é abrazábalo y quería besar las manos; é cuando así una pieza estovó, convidábalos por señas que fuesen aquella noche sus huéspedes en un su castillo, mas ellos no le entendian. Ella fizo seña á sus escuderos que gelo declarasen, é así lo ficieron. Ellos, viendo aquella buena voluntad y que era ya muy tarde, fuéronse con ella á salva fe, y no andovieron mucho, que llegaron á un hermoso castillo, teniendo á la doncella por muy rica, pues que dél era señora; y entrando en él, fallaron gentes que los recibieron homildosamente, y otras dueñas y doncellas, que todas acataban á la muda como á señora; luego les tomaron los caballos, é subieron á ellos á una rica cámara, que sería veinte codos en alto de la tierra, é faciéndolos desarmar, les trajeron ricos mantos que cobriesen; y desde hobieron hablado con la muda y con las otras doncellas, trajéronles de cenar é fueron muy bien servidos, y ellas se fueron á sus aposentamientos; mas no tardó mucho que luego volvieron con muchas candelas é instrumentos acordados para les dar placer, é cuando fué tiempo de dormir dejáronlos é fuéronse. En aquella cámara habia tres camas muy ricas, que la doncella muda mandara hacer, é posieronles sus armas cabe cada cama. Ellos se acostaron é dor-

mieron asesegadamente, como aquellos que trabajados é fatigados andaban, é aunque sus espíritus reposaban, no lo hacian sus vidas, segun en el peligroso lazo en que metidos eran, que con mucha causa se puede comparar á las cosas deste mundo; que sabed que aquella cámara era fecha por una muy engañosa arte, que toda ella se sostenía sobre un estello de fierro hecho como husillo de lagar, cerrado en otro de madera que en medio de la cámara estaba, é podíase abajar é alzar por debajo, trayendo una palanca de fierro al derredor; que la cámara no llegaba á pared ninguna; así que, cuando á la mañana despertaron falláronse en hondón otros veinte codos que en alto estaban cuando en ella entraron.

A esta doncella muda hermosa podemos comparar el mundo en que vivimos, que pareciéndonos hermoso, sin boca, sin lengua, falagándonos, lisonjándonos, nos convida con muchos deleites é placeres, con los cuales, sin recelo alguno siguiéndole, nos abrazamos, y perdiendo de nuestras memorias las angustias é tribulaciones que por albergue dellos se nos aparejan, despues de los haber seguido y tratado, echámonos á dormir con muy reposado sueño, é cuando despertamos, siendo ya pasados de la vida á la muerte, aunque con mas razón se debria decir de la muerte á la vida, por ser perdurable, hallámonos en tan gran hondura, que ya apartada de nos aquella gran piedad del muy alto Señor, no nos queda redención alguna; é si estos caballeros la hobieron, fué por ser aun en esta vida, donde ninguno, por malo, por pecador que sea, debe perder la esperanza del perdón tanto que, dejando las malas obras, siga las que son conformes al servicio de aquel Señor que gelo dar puede.

Pues tornando á los tres caballeros, cuando fueron despiertos é no vieron señal ninguna de claridad, y sentian cómo la gente del castillo sobre ellos andaba, mucho se maravillaron, y levantáronse de los lechos, é buscando á tienta la puerta y las finiestras, falláronlas; pero metiendo las manos por ellas, topaban en el muro del castillo; así que, luego conocieron que eran traídos á engaño. Estando con gran pesar de se ver en tal peligro, pareció suso á una finiestra de la cámara un caballero grande y membrudo, y el rostro habia medroso, y en la barba é cabeza mas cabellos blancos que negros, y vestía paños de duelo, y en la mano diestra tenia una lua de paño blanco que al codo le llegaba, é dijo á una voz alta: «¿Quién yace allá dentro, que mal seais albergados? Que, segun el gran pesar que me habeis fecho, así fallaréis la mesura y merced, que serán muy crueles é amargas muertes, é aun con esto no seré vengado, segun lo que de vos recibí en la batalla del falso rey Lisuarte. Sabed que yo soy Arcalaus el encantador; si me nunca vistes, agora me conoced; que nunca ninguno me hizo pesar que dél no me vengase, si no es de uno solo, que aun yo cuido tener donde vos estáis, y cortarle las manos por esta que él me cortó, si yo ante no muero.» E la doncella que cabe él estaba dijo: «Buen tio, aquel mancebo que allí está es el que traía el yelmo dorado.» Y tendió la mano contra Amadís. Cuando ellos esto vieron, que aquel era Arcalaus, fueron en gran pavor de